



POR EL AUTOR DE *SOY PILGRIM*

TERRY HAYES

EL AÑO

DE LA

LANGOSTA

TERRY HAYES

EL AÑO DE LA LANGOSTA

Traducción de María José Díez Pérez

 Planeta

Título original: *The Year of the Locust*

© Terry Hayes, 2023

© por la traducción, María José Díez Pérez, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorialplaneta.es

www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

Primera edición: junio de 2024

ISBN: 978-84-08-28979-1

Depósito legal: B. 8.418-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint by Domingo

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



1

Una vez fui a matar a un hombre. En otras ocasiones, cuando era más joven, había seguido a mi objetivo por callejones iluminados por letreros de neón de Tokio, había visto el sol ponerse sobre la mezquita de las Nueve Cúpulas y había esperado en el muelle del centro de Estambul mientras las lágrimas de una mujer caían como la lluvia.

Esta vez estaba más al este, donde el mar Egeo confluye con el Mediterráneo y el sol turco cae a plomo sobre una cadena de islas. La más pequeña de todas era también la más remota; las olas rompían contra los restos de un carguero varado en un arrecife, peligrosas corrientes recorrían cuevas ocultas, y un pueblo pesquero, cuyos barcos de madera habían desaparecido hacía ya tiempo, ahora no era más que unas ruinas.

Desembarqué a finales de primavera; me llevó a tierra el capitán egipcio de un carguero de vapor que fue lo bastante sensato como para no hacer muchas preguntas. Todavía recuerdo la brisa en el rostro y el embriagador olor a agujas de pino mientras avanzaba por un bosque en silencio, como he hecho la mayor parte de mi vida laboral, buscando siempre las sombras.

Mi objetivo ese día era un hombre valiente, de eso no cabía la menor duda, supuestamente un alemán de Nuremberg —esa antigua y bonita ciudad impregnada de tanta historia sombría—, y cuando lo sorprendí en la cocina de su solitaria villa, ambos supi-

mos que había recorrido una larga distancia, tanto en kilómetros como en años, para llegar a tan letal encuentro.

Por aquel entonces yo formaba parte de la Agencia, y durante muchos años mi nombre en clave había sido Kane. Cinco años antes, el alemán había sido un activo leal del servicio de inteligencia estadounidense en Teherán. Lo que nadie sabía, aunque no se tardó en averiguar, era que el hombre trabajaba en secreto de contratista para los rusos. Da la impresión de que de un tiempo a esta parte todo se ha externalizado, incluso el espionaje.

Un tranquilo lunes por la noche salió a cenar tarde al bistró del profusamente dorado Espinas Palace Hotel de Teherán, y en el aseo de caballeros reveló el nombre de diez de nuestras fuentes iraníes más valiosas a un representante de Moscú. En el mundo del espionaje es de sobra conocido que las agencias de espías de Rusia e Irán han trabajado codo con codo durante años, de modo que era inevitable que la lista de nombres acabara en manos de la PAVA, la brutal policía secreta iraní. El resultado fue que nuestra red —creada a lo largo de muchos años a un elevado precio en vidas y dinero y, lo que era más importante aún, una vital puerta trasera al programa nuclear iraní— quedó destruida en cuestión de horas. Incluso para la CIA, una organización que había sufrido bastantes fracasos, se consideró un desastre absoluto.

Las consecuencias para los ocho hombres y las dos mujeres a los que se desenmascaró debido a la traición de nuestro activo fueron mucho más catastróficas: comparecieron ante un juez en un juicio nocturno y al día siguiente unos operarios comenzaron a montar tres enormes grúas torre en una de las plazas más grandes de Teherán. Si bien los transeúntes no prestaron mucha atención al principio, su finalidad no tardó en ser evidente: asegurarse de que la mayor cantidad de personas posible pudiese ser testigo de cómo se hacía cumplir la sentencia dictada por el tribunal. En muchos países de Oriente Medio no basta con castigar a la gente: es preciso lanzar una advertencia a todo el mundo.

Una vez erigidas las grúas, se acoplaron los brazos horizontales. En el extremo de los brazos se afianzaron rollos de cuerda y,

un día de primavera, tarde, cuatro furgones negros llevaron a los detenidos a la plaza. Mientras los minutos pasaban despacio, se izó a cada uno de ellos en una jaula hasta la parte superior de su propia grúa.

Allí, bajo la mirada de la multitud que se había reunido debajo, miembros de la Guardia Revolucionaria obligaron a los aterrorizados hombres y mujeres a colocarse en una pequeña plataforma situada en el extremo de cada brazo. Colgaron del cuello de cada uno de los prisioneros un cartel que los identificaba como espías del «Gran Satán» y a continuación les pasaron por la cabeza un lazo, que en el país se conoce popularmente como la «corbata iraní».

Gracias a la cuidadosa planificación, todos los que abarrotaban la plaza podían ver sin impedimento a las diez personas que se hallaban más arriba. Contra un despejado cielo azul, parecían estar suspendidas entre la bóveda celeste y la Tierra. Dadas las circunstancias, supongo que ahí era justo donde estaban.

Un pequeño grupo de hombres y mujeres situados muy cerca de las grúas —probablemente familiares y amigos— estaba de rodillas, profiriendo lamentos y rezando. Miraron hacia arriba cuando un hombre de uniforme, un teniente coronel, se encaramó a uno de los furgones y habló en farsi por un megáfono, su voz resonando en toda la plaza. Leyó el nombre de cada preso, los cargos que pesaban sobre él y la sentencia.

Por último, bajó los papeles y, alzando más la voz, pronunció una palabra que se traducía como: «Listo». Uno de los condenados —un hombre— la oyó y el valor le falló: empezó a gritar, pidiendo a Dios que lo salvara.

Como de costumbre, al menos según mi experiencia, su súplica no surtió ningún efecto. Con una rutina bien practicada, la Guardia Revolucionaria se adelantó y cada uno de sus miembros le puso la mano derecha en los riñones a un prisionero.

Al ver este gesto, un silencio oneroso se impuso entre la multitud, y un niño de unos seis años se levantó de entre el grupo de amigos y familiares y miró a uno de los prisioneros —posiblemen-

te su madre o su padre— y comenzó a gritar un nombre. A su lado una mujer lo obligó a sentarse de nuevo, el niño rompió a llorar y, después de lo que pareció una eternidad, el hombre del megáfono dio la siguiente orden: «Ahora».

La Guardia al unísono empujó a los prisioneros. Diez pares de pies abandonaron las plataformas de madera y el gentío prorrumpió un grito ahogado involuntario. Los familiares y amigos vieron como llovían zapatos y sandalias cuando las víctimas cayeron.

Precipitándose en vertical hacia la plaza, las cuerdas se desenrollaron deprisa tras ellos. Cuando llegaron a su tope, dieron un fuerte chasquido en el anclaje, los lazos se apretaron en torno a diez gargantas, los prisioneros pegaron un tirón hacia arriba y el cuello se les partió al instante.

Nadie en la multitud dijo nada; lo único que se oía eran los lamentos de las familias mientras los diez cuerpos se balanceaban suavemente con la cálida brisa de Oriente Medio.

No me sorprendió que la muchedumbre reaccionara con silencio. He tenido la mala suerte de ser testigo de unas cuantas ejecuciones —varias llevadas a cabo por un pelotón de fusilamiento, dos por ahorcamiento y una en una silla eléctrica, la de un anciano al que obligaron a «sentir el poder del rayo», como lo llaman los guardias del corredor de la muerte— y puedo prometer una cosa: el terror que refleja la cara de un hombre o una mujer cuando todo cuanto esperaba ser se desvanece en la eternidad no se olvida nunca. Su recuerdo aflora a las tres de la mañana, cuando todo lo que más temes en el mundo viene de camino, sube la escalera en tu busca.

Varios días antes —en el aseo de caballeros del Espinas—, el alemán, en pago por la lista de nombres, había recibido un maletín que contenía una fortuna en bonos suizos anónimos al portador. No soy creyente —nadie ha podido decir nunca de mí tal cosa—, pero hace dos mil años san Pablo escribió algo que, una vez escuchado, no resulta fácil olvidar: «La raíz de todos los males es el amor al dinero». Sin duda, esa noche en Teherán lo fue.

Desde el momento en que el traidor dejó su taza de café, un

chubasquero viejo, dos colillas y un recibo arrugado de una tarjeta de crédito en la mesa del bistró, entró en el aseo, efectuó el intercambio, salió por un club de fumadores contiguo, se subió al asiento trasero de un mototaxi que aguardaba y desapareció en la ciudad, los analistas de la Agencia calcularon que transcurrieron noventa y dos segundos. Noventa y dos segundos para convertirse en multimillonario, aniquilar toda una red de inteligencia y firmar la sentencia de muerte de diez compañeros. Se mirara por donde se mirase, era un espía muy bueno. Un profesional independiente, hecho a sí mismo, que actuaba de manera nada convencional.

Tal y como cabría esperar, la CIA —la organización con tantos defectos pero de vez en cuando brillante para la que yo trabajaba desde hacía doce años— efectuó numerosos intentos de dar con él, pero ninguno de ellos rozó siquiera el éxito y, puesto que diariamente salían a la luz cada vez más pruebas de su duplicidad, su fama fue en aumento hasta convertirse en una suerte de leyenda negra para la inteligencia estadounidense. Peor aún, los analistas de la Agencia ahondaron en el asunto y averiguaron que, a lo largo de los años, el hombre había adoptado tantas identidades falsas que la CIA finalmente se vio obligada a admitir un último y escalofriante hecho: no sabían quién era en realidad. Tal vez ni siquiera fuese alemán.

Puesto que su verdadera identidad era un misterio —y, me figuro, por respeto a su impresionante desaparición—, una de las intelectuales internas de la Agencia le dio un nombre que no tardó en triunfar. Le puso el nombre en clave de «el Mago», un hechicero, un prestidigitador, una palabra cuyas raíces se hundían en la Antigüedad. La Biblia nos dice que los tres sabios que llevaron oro, incienso y mirra para adorar a Jesús recién nacido eran magos. De manera que la CIA —la Agencia que en el curso de su historia había sido pionera en tantas de las oscuras artes del espionaje— se había acabado topando con un hechicero y un hombre que actuaba en solitario que era casi tan bueno como ellos.

Huelga decir que dicha revelación avivó la frustración del hombre que vestía caros trajes a medida y ocupaba el mejor despa-

cho, y lo animó a redoblar los esfuerzos de la Agencia para encontrarlo. En la cúpula del mundo del espionaje los niveles de testosterona siempre han sido altos, de eso doy fe.

Cuando ni siquiera una búsqueda a la que asignaron muchos más recursos, dirigida por un cuidadosamente elegido equipo de científicos de datos y agentes en activo de élite, encontró rastro alguno del Mago, el problema acabó en mi mesa. Era viernes y me disponía a salir a almorzar, ya que pretendía adelantarme a la aglomeración del mediodía (el Starbucks del cuartel general de la CIA en Langley es, según muchos, el más concurrido del mundo). Mi ordenador y la caja fuerte de mi planta ya estaban cerrados cuando oí el inconfundible tono que me informaba de que a mi bandeja de entrada acababa de llegar un mensaje de máxima prioridad.

Lo descrypté y vi que contenía los archivos secretos relativos a la traición de Teherán, una grabación espeluznante de la ejecución pública hackeada de las cámaras de la PAVA e informes de la serie de búsquedas fallidas que habían seguido. Lo acompañaba una nota del director en la que me pedía que me familiarizase con el material y me reuniese con él en su despacho el lunes, antes de que amaneciera. Que el director convocase una reunión a una hora tan intempestiva no era algo inusual, y en la Agencia había quienes afirmaban que esas citas tempranas eran un ardid: el director no era adicto al trabajo, decían, solo le gustaba dar esa impresión.

Resultó que se equivocaban: era un hombre motivado y ambicioso, que —aunque muy pocos lo sabían— había crecido en curiosas y difíciles circunstancias. Yo siempre había pensado que, en su caso, el trabajo llenaba un vacío emocional y, para ser sincero, no era algo del otro mundo en una Agencia famosa por sus personajes excéntricos e inadaptados.

El director —de pelo plateado, alto y aún con gran parte de la complexión atlética que lo había convertido en un corredor estrella en la universidad— se llamaba Richard Rourke, pero hacía años que nadie utilizaba ese nombre. Todo el mundo lo conocía como Halcón desde que, siendo un joven agente, se introdujo en Irán

como parte de un equipo conjunto estadounidense e israelí cuya misión era inutilizar una serie de centrifugadoras nucleares ocultas en las escarpadas montañas cercanas a una localidad denominada Natanz.

La misión acabó en desastre, pero, aunque era el miembro con menos experiencia del equipo, Rourke demostró no solo un valor extraordinario, sino también una sangre fría considerable en circunstancias extremas: al menos cinco iraníes que trabajaban para la Agencia terminaron debiéndole la vida. Cuando se corrió la voz por el mundo del espionaje de cómo huyó a medianoche, bajo el fuego enemigo y sin detenerse ante nada, y cruzó la frontera iraquí con media red de colaboradores del país en la trasera de la camioneta, el nombre de «Halcón» ya no lo abandonó.

Con unos ojos llamativos y una mandíbula marcada, probablemente fuese más impresionante que atractivo, pero una cosa estaba clara: era el hombre mejor vestido que había visto en mi vida. A la hora que fuese, por muy tensa que fuera la situación, siempre se lo veía a primera hora de la mañana en su despacho o por la noche en el centro de operaciones con un traje de Brioni confeccionado a mano, corbata de seda y una camisa de Charvet. Incluso su colección de gemelos era algo que daba gusto ver.

Cuando dejó las operaciones en primera línea, pasó varias décadas trabajando duro para ascender en Washington, y la ropa y la imagen formaban parte de ello. En las altas esferas y los salones que frecuentaba la élite social en Georgetown se lo consideraba competente y sumamente sofisticado: alguien elegante en quien se podía confiar.

Halcón estaba en el ecuador de la sesentena cuando me llamó para que acudiese a su despacho y, para ser sincero, no me sorprendió que lo hiciese. Había oído rumores de que la búsqueda más reciente del Mago estaba resultando ser igual de infructuosa que las anteriores, y me figuré que, antes o después, un miembro de la élite de la inteligencia estadounidense caería en la cuenta de que lo más seguro era que yo tuviera las habilidades necesarias para proporcionar un enfoque nuevo a la persecución.

Debido a un extraño cúmulo de circunstancias, yo formaba parte de un pequeño cuadro de espías especializados en entrar en lo que se denominan «Zonas de Acceso Restringido» —lugares que se hallan bajo control hostil completo, como Rusia y Siria, Corea del Norte, Irán y las zonas tribales de Pakistán—, así que tenía más conocimientos que la mayoría sobre cómo podía evitar ser descubierto alguien a quien querían dar caza para eliminarlo.

En resumidas cuentas, era evidente que el Mago sabía ocultarse. Y yo también.

2

Mi experiencia y mis habilidades inusuales fueron la causa de que un viernes, por lo demás normal y corriente —en el que tenía prisa para ir a almorzar—, me encontrase una vez más a punto de echar un vistazo a un grupo de archivos que contenían información clasificada.

Cuando abrí el primero, sucedió algo extraño: un silencio como nunca había experimentado envolvió mi despacho, haciendo que me detuviera. Miré por la ventana: el viento que había estado soplando hasta cobrar la fuerza de una tormenta invernal había cesado por completo y las pocas hojas que quedaban en los árboles ya no repiqueteaban con fiereza. La gente supersticiosa o religiosa tal vez habría dicho que ese extraño silencio significaba que el universo exigía mi atención, que el cielo estaba señalando el momento en que un espía encubierto abría un archivo secreto y los planetas empezaban a alinearse.

Por suerte, no trabajaba dejándome llevar por semejantes espejismos. En una vida que forma parte del pasado desde hace ya tiempo, me gradué en ciencias en una universidad de gran prestigio y siempre he creído en un mundo racional. Ese año había presenciado como el invierno azotaba con fuerza Virginia; la mayoría

de las mañanas una gruesa capa de escarcha tapizaba el suelo y en varias ocasiones había visto árboles cubiertos por exoesqueletos de hielo, y sabía lo que significaba en realidad ese silencio exterior: cerca había comenzado a caer una fuerte nevada que amortiguaba el ruido del mundo, como tantas otras veces.

Preocupado por tener que coger el coche para ir a casa en la ventisca que se avecinaba, cerré la persiana veneciana, oí que el viento renovaba sus fuerzas de nuevo y me dispuse a examinar los archivos. Seis horas después, tras haberlos asimilado, estaba envuelto en una oscuridad cada vez mayor y pensaba en la dificultad de dar con el Mago.

Para complicar más las cosas, yo estaba seguro de que, mucho antes de que entrara en aquel lavabo de Teherán, ese hombre había preparado una serie de identidades y escondrijos nuevos, decenas de lugares y nombres que habría utilizado y desechado hasta estar seguro de que se le había perdido el rastro y el vasto mundo lo había engullido. Según la base de datos de la Agencia, había alrededor de doscientos millones de hombres blancos de mediana edad en el planeta: un mundo ciertamente inmenso para un agente de inteligencia que intentase localizar a uno en concreto.

Aunque su archivo en Langley contenía todas sus fotografías y datos biométricos habidos y por haber, no me cabía la menor duda de que, justo después de dejar Teherán, habría hecho un alto en las montañas suizas, ya fuese en Gstaad o en Villars-sur-Ollon, pueblos exclusivos que no solo acogen los dos internados más caros del planeta, sino que también albergan instituciones de una índole muy diferente. En lo más profundo de sus valles pueden encontrarse clínicas sin distintivos que se especializan en cirugía secreta de alta calidad. La amante de Vladimir Putin había dado a luz en una ocasión en una de ellas, y si los rusos te habían pagado una fortuna, podías salir de allí con un rostro distinto, entradas nuevas, huellas dactilares modificadas quirúrgicamente e implantes magnéticos en las espinillas que te añadían centímetros de altura.

En la soledad de mi despacho, fui consciente de que me estaban pidiendo que localizase a un varón blanco de estatura y nacio-

nalidad indeterminadas, con un nombre que desconocíamos, en un lugar que no éramos capaces de identificar, que lucía un rostro que no habíamos visto nunca y dejaba unas huellas dactilares que no eran las suyas. Tal vez algo en su pasado lejano pudiera ser de ayuda, salvo por el hecho de que no habíamos averiguado quién era en realidad. En Turquía tienen una expresión para un cometido así: dicen que es como excavar un pozo con una aguja.

Me levanté, me acerqué a la ventana y abrí la persiana a la noche, contando con ver que la ventisca había llegado y la nieve se acumulaba en el suelo, pero allí solo estaba el viento que soplaba entre los árboles. Era extraño, pensé, que se hiciese el silencio y la tormenta invernal no llegase. Sin darle más importancia, me dije que dar con el Mago era un enigma interesante, pero si se retiraban la venganza y la testosterona de la ecuación, la misión no era muy relevante: ese hombre había desaparecido hacía tiempo, vivía al margen de todo, ya no suponía una amenaza para nadie.

Mientras miraba los esqueléticos árboles, me vino a la cabeza algo que mi padre, que había fallecido hacía diez años, me había dicho una vez: «Si lo que buscas es venganza, cava dos tumbas»; y acaricié la idea de sugerirle a Halcón que tal vez fuese mejor que la Agencia localizara a los traidores de hoy en lugar de preocuparse tanto por los de ayer. Por suerte, algo impidió que lo hiciera.

En su lugar, seguí la pista del Mago, y uno de los insignificantes artículos que dejó en la mesa del Espinas Hotel me llevó hasta esa isla del Egeo. Sabía que el hombre vivía solo y, con el sol de mediodía calentándome la espalda, las buganvillas rojas cayendo en cascada por los muros de la villa y una Sig Sauer de 9 milímetros negra en la mano, entré por una puerta del sótano cerrada con llave, avancé por la silenciosa casa y lo sorprendí en la cocina, preparando pasta en un fogón de gas, cantando en voz baja una canción de amor italiana. Conque de alemán no tenía nada.

Flaqueó a mitad de nota, presintiendo mi presencia, y se volvió hacia el comedor. Nos vimos cara a cara con unos diez metros de agradable aire mediterráneo de por medio y acto seguido, sin vacilar, dio medio paso, ocultando momentáneamente la mano de-

recha. En un movimiento retiré el seguro del arma y mi dedo se tensó en el gatillo...

Eso fue todo lo que pude hacer: en la décima de segundo que medió entre que mi ojo vio y mi mano reaccionó, él llevó a cabo un extraordinario truco que me lanzó —con los oídos pitándome, medio sordo— hacia el fondo de la habitación y le dio veinte segundos para sacar una pistola, abrir fuego y escapar al jardín. Una vez más se dio a la fuga, haciendo lo que mejor sabía hacer: desaparecer.

Sin embargo, con el tiempo, lo verdaderamente significativo de esas horas que pasé en la isla no fue que lo hubiese encontrado o si la Agencia había conseguido vengarse. No, su importancia fue muy distinta: sin querer, el Mago me enseñó un truco brillante, un asombroso recurso que terminó salvándome la vida.

Algo después, en una misión mucho más importante e infinitamente más angustiada que cualquier otra que hubiera emprendido nunca, surqué océanos de tiempo, atravesé un paisaje regido por el miedo hasta llegar a las ruinas de un complejo industrial que debió de ser grandioso en su día. Se trataba de unas instalaciones rusas ubicadas en la antigua república soviética de Kazajistán, y, aunque lo más probable era que fuesen pocos los que lo recordasen ahora, habían sido el escenario de uno de los mayores logros de la humanidad. Fue allí donde acabé en un brutal combate cuerpo a cuerpo con muy pocas papeletas de ganar y, al verme frente a frente con la eternidad, hice memoria y recordé lo que había hecho el Mago. Nunca podré perdonar a ese hombre por su traición en Teherán, pero no cabe duda de que tengo con él una gran deuda de gratitud y, dada la importancia que revestía mi misión, tal vez el mundo también la tenga. Un ejemplo más —como si hiciesen falta— de que la vida está llena de ironías.

Aunque llegó a su mortal final en el histórico y deteriorado cosmódromo kazajo de Baikonur, la misión empezó a miles de kilómetros de distancia, en el territorio desolado y sin ley en el que confluyen las fronteras de Irán, Afganistán y Pakistán. Un triángulo letal, una zona en la que halcones peregrinos, las criaturas

más rápidas de la Tierra, cazan al amanecer y la vida de un espía especializado en Zonas de Acceso Restringido a menudo se mide en días.

Fui allí para reunirme con un informante, un hombre que conocía un mundo de secretos sobre el grupo terrorista más peligroso del mundo. No sabía decir si era un hombre valiente —quería dinero y pasaportes para dar una vida mejor a su mujer y sus hijos—, pero sí sabía una cosa: si lo desenmascaraban, su esperanza de vida sería más corta incluso que la mía.

3

Tratándose de un viaje que me llevaría al corazón de las tinieblas, el comienzo no fue muy propicio. Volé a Karachi, la mayor ciudad de Pakistán, el día más caluroso de que se tiene constancia en la historia de la metrópoli, y eso que solo estábamos a finales de abril. Cuando salí del climatizado vestíbulo de llegadas, el calor era tan intenso que literalmente me impedía respirar.

La quinta ciudad más poblada del mundo —y muy posiblemente la más caótica—, Karachi, es hogar de veinte millones de personas, casi todas pobres, constreñidas en una zona situada entre el delta de un río por un lado y las contaminadas aguas del mar de Arabia por el otro. Cinco veces al día el muecín llama a la oración a sus habitantes desde tres mil mezquitas, el aire está contaminado de diésel y el agua potable no es mucho mejor. Nada te prepara para la agresión a los sentidos. Cuando cruzaba el aparcamiento, vi que varias personas rodeaban a dos mendigos que se habían desplomado de un golpe de calor, uno de los cuales bien podía estar muerto. Alguien más supersticioso, alguien que prestara atención al silencio que precede a la tormenta, quizá lo hubiera considerado una señal.

Salí de la ciudad y conduje durante ochocientos kilómetros ha-

cia el oeste, a la mayor velocidad posible, con el mar turquesa a mi izquierda y nada salvo un asfalto desierto y resplandeciente delante. A medida que los kilómetros desaparecían en el retrovisor, me iba adentrando en uno de los lugares más solitarios y más desolados que había visto en mi vida hasta que, por fin, me detuve en un saliente, miré hacia el horizonte y vi ante mí un páramo de tierra reseca, desfiladeros profundos y despeñaderos intransitables, mi primer atisbo de Jomhuri-ye Eslami-ye Iran: la República Islámica de Irán.

Solo un puñado de espías estadounidenses habían logrado infiltrarse en el país, y menos aún habían regresado con vida. Y ahora, a treinta kilómetros de distancia, oculta a la vista en ese lugar inhóspito, se encontraba su fuertemente vigilada frontera. Todo lo que tenía que hacer era cruzarla, sin que nadie me viese, como un fantasma en la noche.

4

La misión empezó, como tantas otras veces en el mundo del espionaje, con un incidente en apariencia trivial. Un hombre que intentaba arreglar el aire acondicionado de su coche encontró un papel —en el que no constaban más que el código y los detalles del envío— afianzado al dorso de una pieza de repuesto. Eso no le habría dicho nada a casi ninguna otra persona en la faz de la Tierra, pero él no era un hombre cualquiera, y el papel, al menos en un sentido, era muy poco común.

El hombre en cuestión era un soldado leal en la que había llegado a ser la organización terrorista que más rápido crecía en el mundo, una que se hacía llamar «el Nuevo Ejército Islámico de los Puros» y cuyas raíces se hundían en el fundamentalismo religioso y el sentimiento antioccidental. No había nada inusual en eso —había muchas organizaciones así—, salvo por el hecho de que el Ejército

de los Puros era la última encarnación del que probablemente fuese el grupo terrorista más violento de la historia moderna.

A pesar de lo que habían afirmado los líderes de multitud de países, el Estado Islámico, también conocido como ISIS —la brutal organización que surgió de las ruinas de Siria e Irak—, nunca fue derrotado militarmente. Al hallarse bajo incesantes ataques, había hecho lo que siempre han hecho insurgentes y organizaciones terroristas: se dispersó a los cuatro vientos y el cáncer sufrió metástasis.

El resultado fue que había cinco ramas principales del ISIS, y los líderes de las mejores —o peores, según se mire— pasaron a denominarse el Ejército de los Puros, se dirigieron hacia el sur y encontraron un puerto seguro entre las columnas de granito, las aldeas ancestrales y los valles escondidos de la frontera entre Pakistán e Irán. «¿Por qué creó Dios la frontera? —decía el viejo chiste—. Quería hacer quedar bien a Afganistán.»

Los satélites espía, el hackeo telefónico a escala industrial y el reconocimiento facial omnipresente —cuya versión secreta ahora es capaz de identificar a personas desde más de trescientos kilómetros de distancia en el espacio— demostraron que el Ejército estaba atrayendo partidarios y combatientes más deprisa de lo que creían posible incluso los hastiados observadores de Langley. En su apogeo, el ISIS había reclutado a más de treinta mil soldados extranjeros, y un gran número de ellos —ahora con gran experiencia— había empezado a recorrer la carretera de la costa desde Karachi o a bajar por las antiguas rutas de salida del opio de Afganistán para unirse a las filas del Ejército.

Para los miles de hombres y mujeres de Langley que, después del 11-S, habían dedicado toda su vida profesional a monitorizar las arenas movedizas y las corrientes secretas del fundamentalismo islámico, cada vez era más evidente que estaban siendo testigos del auge de algo tan terrorífico como el ISIS o, peor aún, tan mortífero como la Al-Qaeda de Osama bin Laden. Sin embargo, esos mismos analistas también sabían que una retórica violenta y batallones de seguidores no eran más que decoración. Sin un ele-

mento crucial, cualquier grupo de fundamentalistas islámicos no era distinto de las trescientas milicias armadas que operaban en América: hombres y mujeres que jugaban a disfrazarse los viernes por la noche y se «desplegaban» por el bosque más cercano los fines de semana. Para ser el trigo y no la paja, que fuese declarado auténtico y no falso, un grupo terrorista tenía que lanzar ataques.

Cuanto más duro el objetivo, tanta mayor la gloria, y no había ningún objetivo que resultase más difícil atacar que América. Bin Laden lo consiguió de manera espectacular y encendió un faro para que sirviera de guía a todos los demás grupos terroristas. En cierto modo, y no es fácil decirlo, si bien el lugar que fue blanco de los ataques del 11-S se despejó hace años, todos continuamos viendo entre las ruinas de las Torres Gemelas. Como ha dicho un historiador —que menciona virus descontrolados, el cambio climático, huracanes catastróficos, inundaciones masivas y terrorismo sin fin—, ciertamente esta es la Era del Pánico.

Seis horas después de que los analistas de la Agencia presentaran su informe secreto sobre el auge del Ejército de los Puros —y de que, debido a ello, el nivel de alerta antiterrorista de la Agencia pasara del naranja a un rojo de rápido parpadeo—, la base de Kabul, la enorme operación que la CIA tenía en marcha en Afganistán, oyó el primero de lo que acabaría siendo un redoble de rumores.

A veces me retrotraigo a los tiempos en los que era relativamente nuevo en el oficio del espionaje: iba a bordo de un carguero que cruzaba el mar de Andamán frente a las costas de Tailandia e, incapaz de dormir —estaba nervioso porque tenía que infiltrarme en Myanmar para reunirme con un grupo de líderes rebeldes—, subí a cubierta de madrugada y me puse a contemplar el mar. Era una de esas noches que los controladores aéreos llaman «de gran visibilidad»: no se oía ningún sonido, era nítida y despejada, el aire se llevaba la contaminación y las estrellas iluminaban una oscuridad cristalina.

La hélice del barco giraba, haciendo que miles de millones de minúsculos organismos marinos emitieran una luz brillante, y caía en la cuenta: estaba rodeado de la fosforescencia del océano. Con

la Vía Láctea arriba y una Vía Láctea abajo, era como viajar por un mar de velas, una metáfora perfecta del mundo del espionaje. Los espías también viajan por aguas desconocidas y extrañas, rodeados no de estrellas y organismos marinos, sino de fragmentos de información. Sin embargo, el truco era el mismo: no centrarse en las velas, sino intentar ver la luz.

Después de semanas oyendo el redoble de rumores, Kabul hizo exactamente eso: miró más allá de las velas y concluyó que el Ejército de los Puros planeaba algo importante, un acto terrorista concebido como grandioso teatro que emularía a sus más sombríos antecesores.

En el mundo del espionaje existe un nombre que se reserva a actos terroristas mundiales realizados a esa escala, y Kabul no tenía la menor duda de que se avecinaba otro «golpe espectacular».

5

El informe urgente de Kabul —que recibió el grado de clasificación de seguridad más alto y se envió únicamente a Halcón Rourke y a su superior, el director de Inteligencia Nacional— dejaba claro en sus tres primeros párrafos que, si bien tan devastador ataque tal vez abarcara el mundo occidental, se centraría en América.

Alarmados, los dos jefes del espionaje en Washington destinaron de inmediato todos los recursos de la enorme red de inteligencia estadounidense —900.000 personas y más de 2.000 organizaciones gubernamentales, tres docenas de las cuales eran completamente extraoficiales— al cometido de intentar descubrir todo lo que pudieran de un complot indefinido, apenas visible. Ambos hombres sabían que tenían que encontrar más velas como fuera.

Al día siguiente un activo de Estados Unidos de segunda fila en Afganistán recibió un mensaje encriptado en el teléfono en el que se le pedía que se mantuviera alerta y aguzase bien los oídos.

El hombre, un afgano de unos cincuenta años que solía llevar monos grasientos —uno de los varios cientos de empleados de la CIA que trabajaban por libre en el país—, era un técnico de aires acondicionados que desempeñaba su ocupación desde un taller móvil: un robusto camión con tracción a las cuatro ruedas que aseguraba —escrito en un lateral en pastún, darí e inglés— que, allí donde uno estuviera, Doctor Air podía «curar» el aire acondicionado de cualquier marca o modelo de vehículo.

A lo largo de las fronteras de Afganistán, Irán y Pakistán gozaba del reconocimiento de ser el mejor de todos los especialistas en reparaciones en carretera. Durante veinticinco años se había ganado la vida deambulando libremente por los remotos pueblos y las ciudades que se hallaban desperdigados a uno y otro lado de las distintas fronteras, tuteaba a patrullas fronterizas y funcionarios de los tres países y siempre le permitían pasar sin trabas a cambio de una recarga de freón gratuita o una reparación sencilla.

Su especialidad era conseguir piezas de las que no había estocaje y, aunque ninguno de sus clientes entendió o cuestionó nunca el porqué, cómo lo lograba tenía su buena razón: la CIA hacía llegar en avión las piezas desde Estados Unidos y se las enviaba a su almacén en Kabul todos los meses. Reclutarlo como activo y proporcionarle todo lo necesario para que su negocio fuese un éxito fue la acertada idea de Halcón Rourke cuando era jefe de la CIA en Kabul años antes.

«Esconderlo a la vista de todos: la zona es un horno, todo el mundo necesita su aire acondicionado —razonó Halcón por aquel entonces—. Ese hombre se puede sentar alrededor de un fuego, beber la obligatoria taza de té y escuchar.»

El técnico hacía exactamente eso: en el transcurso de los años había pasado cientos de rumores e información y ahora su contacto en Kabul le pedía que prestara más atención aún. El técnico habría desoído la petición —supuso que la Agencia acostumbraba a enviar directrices urgentes para asegurarse de que todo el mundo mantenía los ojos bien abiertos— de no ser porque ese mensaje también iba acompañado de un cordial saludo, después de todos

esos años, de su viejo amigo Halcón Rourke y del ruego de que hiciese todo lo que pudiera para ayudar.

Diez días después, mientras trabajaba en su taller en un polígono industrial a las afueras de Kabul, reabasteciendo su camión con un nuevo envío de piezas de la CIA, cuando el hedor de la planta de tratamiento de aguas residuales contigua era más insoportable que nunca, recibió una llamada de un teléfono vía satélite en la que le pedían ayuda urgentemente. No había nada extraño en ello, y esta vez la llamada la efectuaba un hombre cuyo aire acondicionado había reparado en varias ocasiones a lo largo de los últimos años. El cliente, que al parecer pasaba mucho tiempo en la carretera, dijo que estaba atrapado en una aldea al otro lado de la frontera, en Irán, cerca de Zabol, un centro regional que ostentaba con regularidad el dudoso honor de ser la ciudad más contaminada del mundo según la Organización Mundial de la Salud.

En otras circunstancias el técnico se habría negado: el pueblo se hallaba a más de mil kilómetros de Kabul, no había más peticiones de asistencia en la zona y tenía ganas de descansar unos días en la capital antes de ponerse en marcha de nuevo.

La perspectiva de conducir por el asfixiante aire de Zabol no resultaba muy atractiva; por otra parte, el hombre siempre le había intrigado. Hablaba muy poco, viajaba constantemente, era un afgano que en su día había sido taxista en Kabul y ahora vivía en Irán sin un empleo aparente, o al menos con ninguno del que pareciese dispuesto a hablar. Tal vez se dejara llevar por la intuición tras media vida en el mundo de las sombras, o quizá solo fuese avaricia, pero el técnico decidió efectuar el viaje. Kabul pagaba bien la información, y el mensaje de Halcón indicaba que había una gran demanda.

A media tarde, con un verano que entraba pisando con fuerza, cruzó la frontera de Irán y, veinticuatro horas después —tras conducir sin apenas hacer un descanso— llegó a la aldea. La causa principal de la contaminación de la zona era un polvo marrón que desplazaba un viento incesante y, para intentar protegerse de él, los dos hombres habían quedado al socaire de una mezquita de

altos muros. No tendrían que haberse molestado: el viento aullaba con más fuerza incluso que de costumbre, cambiaba de dirección, atrapaba el humo de la lumbre en la que cocinaban en las ruinosas casas, lo agitaba hasta hacer de él un cóctel asfixiante y convertía a los hombres y las mujeres que caminaban a buen paso por los callejones en nada más que fantasmas envueltos en la nube de polvo.

Mientras intentaba orientarse en la penumbra de la tarde, con las luces encendidas, el camión del técnico avanzó a lo largo de la pared de la mezquita y finalmente se detuvo junto a un Nissan Patrol con tracción a las cuatro ruedas parado. El conductor del Nissan se bajó de inmediato, corrió hasta la trasera del camión, abrió la puerta trasera con fuerza y se refugió dentro. Rozaba la cuarentena y era un hombre con buena planta, con la piel del color de un antiguo artefacto de bronce y casi igual de maltrecha: a todas luces había pasado mucho tiempo expuesto al sol y al viento. El técnico esbozó una de sus medias sonrisas y señaló el apocalíptico mundo al otro lado del parabrisas.

—En el nombre de Alá... —observó en farsi negando con la cabeza.

Dejó el asiento del conductor para pasar a la caja, donde tenía una cama y varias sillas entre cajas de piezas de repuesto, sacó dos tazas y encendió un hornillo de gas. Mientras esperaba a que el té estuviese listo, señaló el Nissan.

—¿Otro problema con el compresor? —preguntó.

—Lo hubo —repuso el hombre, que estaba de pie al fondo del vehículo, medio sumido en las sombras—. Hace unos meses. Se soltó del anclaje, así que lo saqué y lo arreglé.

—Entonces, ¿ahora qué le pasa? —inquirió el técnico.

—Esto —contestó el visitante. Sostenía en la mano un papelito (tenía imprimidas dos líneas de palabras y números en inglés) y lo puso en alto para que el técnico lo viese.

Este no tuvo que mirar dos veces.

—Cuando saqué el compresor, encontré esto pegado en la parte posterior de la unidad —contó el visitante—. Supongo que a

alguien se le olvidó quitarlo. —Se lo acercó al técnico, aunque en realidad no era necesario. El técnico sabía exactamente lo que era: una pegatina con un código, un grupo de letras identificadoras y los detalles del envío del compresor.

Cuando menos, la CIA era una burocracia gubernamental, y cada pieza que se enviaba desde Estados Unidos era debidamente catalogada y marcada, lo cual obligaba al técnico a retirar todas las pegatinas cuando los repuestos llegaban a su taller. O al menos él creía haberlo hecho. Supo de inmediato que los números y las letras no suponían ningún problema: hacían referencia a la información relativa al envío que demostraba que la pieza se había adquirido por orden del subdirector de Langley para Kabul, para el activo local 11789.

El agua para el té estaba hirviendo y más adelante, cuando yo estaba uniendo las piezas de esta narrativa, el técnico me dijo que durante un instante se planteó echar mano de su viejo Smith & Wesson, un revólver robusto y versátil que descansaba en el asiento del acompañante, pero desechó la idea: no le cabía la menor duda de que la mano derecha del visitante —que no se veía, pues estaba baja, pegada al costado— empuñaba su propia arma, que lo apuntaba a él.

Aunque le faltó poco para entrar en pánico, el técnico dijo que entonces tuvo un instante de lucidez: cayó en la cuenta de que si el único objetivo del encuentro fuera desenmascararlo, ya estaría muerto. Tampoco parecía que tuviese mucho sentido tratar de convencerlo de que no lo matara. Se encogió de hombros.

—Todos tenemos que comer.

—¿Conoces bien a los americanos? —le preguntó el visitante.

—Lo suficiente.

—¿Tratas directamente con los espías o con un intermediario del lugar?

—Directamente con ellos —afirmó el técnico.

El visitante levantó la mano derecha para que quedara a la vista y el técnico vio que sostenía una Ruger GP100. Apuntó al hornillo, para decirle sin palabras que el agua estaba hirviendo, y el técnico

—al que le temblaban violentamente las manos— comenzó a intentar preparar el té.

El visitante no le quitaba los ojos de encima.

—En estos últimos años hemos coincidido en unos diez sitios distintos. ¿A qué crees que me dedico?

El técnico abrió las manos para indicar que no estaba seguro.

—Nunca te he visto con nadie, así que no pensé que estuvieras pasando a gente al otro lado de la frontera. Un contrabandista de oro era mi mejor apuesta, de tabaco, quizá, aunque pensé que para eso te haría falta un vehículo más grande.

El visitante asintió, pero no añadió nada que desmintiera las teorías del técnico.

—¿Sabes cuánto les costó el 11-S a los americanos? —le preguntó.

El técnico dejó el té, tan sorprendido por la pregunta que incluso cesaron de temblarle las manos.

—¿Qué?

—Solo las Torres Gemelas, los rascacielos, estaban valoradas en sesenta y dos mil millones de dólares estadounidenses. Costó casi mil millones de dólares más despejar la zona.

Sin saber por qué era relevante esa información, el técnico contestó:

—Es interesante.

—Lo es, sí —aseveró el visitante—. Hace que uno se pregunte algunas cosas, ¿no te parece? ¿Cuánto habrían pagado para prevenirlo? ¿O para evitar algo parecido?

El técnico se volvió de nuevo y clavó la vista en sus tazas de té: ¿qué le estaba ofreciendo ese hombre? El corazón empezó a latirle con fuerza, y no estaba seguro de si era por avaricia o por miedo.

Recordó la alerta encriptada de Kabul y el mensaje de Halcón y se preguntó si el hombre de ese Nissan que no estaba averiado habría oído algo: algunos de esos rumores que llevaba el viento y la CIA tenía tanto interés en oír.

—Yo diría que pagarían mucho por algo así —contestó con cautela el técnico.

—Estoy de acuerdo —convino el visitante—. Antes te he pre-

guntado a qué creías que me dedicaba. —No esperó a que el técnico le contestase—. Soy correo —dijo.

—¿Correo? —repitió el técnico, sin saber qué quería decir exactamente—. Correo ¿de quién?

—De FedEx no, desde luego —respondió el visitante.

6

Cuando pusieron en marcha la organización, los comandantes del Ejército tomaron una decisión crucial: se dieron cuenta, a pesar de que los programadores afirmaban lo contrario, de que ningún civil podía comprar un teléfono o una aplicación de mensajería encriptados que fuesen seguros de verdad.

Estaban en lo cierto: no existe ningún dispositivo o *software* que la Agencia Nacional de Seguridad no pueda crackear si lo que hay en juego es lo bastante valioso. Por consiguiente, la cúpula del Ejército decidió que utilizar correos humanos era el método de comunicación más seguro y, al hacerlo, pasó a formar parte de una tendencia en alza en el mundo de la clandestinidad de desechar los dispositivos electrónicos, porque el papel no se puede hackear y lo que se lleva en mano no se puede intervenir.

Por lo tanto, el Ejército seleccionó y formó a un puñado de mensajeros leales, que se movían como las sombras para transportar documentos ocultos y mensajes orales entre agentes, proveedores y financieros, pero había un aspecto del sistema que la cúpula del Ejército no previó: cuanto mayor es el complot, cuanto más valioso es el secreto, mayor es la tentación de venderlo.

Eso hizo que uno de sus correos —un padre de dos niñas pequeñas, un antiguo taxista que se había hartado de la rigidez del fundamentalismo y estaba desilusionado con gran parte de su retórica, un hombre que vio una oportunidad para cambiar la vida de su familia y estaba dispuesto a correr el riesgo de que lo ejecutaran

por intentar aprovecharla— estuviese sentado en un camión en un rincón de Irán azotado por el viento y dejado de la mano de Dios hablando con un técnico de aire acondicionado afgano al que Alá —*subhanahu wa ta'ala*, glorificado y exaltado sea— le había revelado en forma de agente de inteligencia americano independiente.

El correo era un aficionado en el mundo del espionaje, pero eso no significaba que no hubiera aprendido una de sus reglas fundamentales: un secreto tal vez valiese una fortuna, pero si uno quería sacarle partido, tenía que ser el primero en ponerlo a la venta. Sabía que el peligro de que alguien se le adelantase era cada vez mayor.

—Hace tres semanas la gente comenzó a hacer preguntas —contó—. Los hombres han empezado a hablar en susurros: se está filtrando información de lo que se está planeando. Ese es el motivo por el que, cuando llamé, dije que era urgente: es posible que no tarde en llegar a oídos de los americanos o que alguien la venda antes que yo.

—¿Venderla? ¿Les quieres vender información a los americanos? —inquirió el técnico. Jamás se planteó que pudiese tener un problema así: él se ganaba la vida recogiendo migajas. El hombre era un correo: los secretos que conocía por fuerza tenían que ser mucho más sustanciosos y lucrativos—. Por esa información que dices tener —dijo mientras servía el té—, ¿cuánto pides?

—Veinte para mí y cinco para ti —contestó el mensajero.

El técnico dejó la tetera, aunque no había terminado de servir, y miró fijamente a su invitado. Tenía que estar seguro de que lo había entendido.

—¿Millones? —planteó—. ¿De dólares americanos?

—Mucho más barato que el 11-S. Es una ganga para los americanos —aseguró el correo—. Exigiré pasaportes estadounidenses, y también una casa segura, una identidad distinta, una vida completamente nueva.

—¿Veinticinco millones de dólares? —repitió con pasmo el técnico—. Una nueva vida, pero ¿dónde?

El rostro del hombre se suavizó.

—En algún sitio donde no haga falta el aire acondicionado, eso por de pronto; con vistas al agua, un lugar donde llueva —dijo—. He consultado un mapa: Oregón o Maine, quizá. ¿Tú?

El técnico negó con la cabeza: nunca había sopesado vivir en Occidente ni hacerse con cinco millones de dólares, así que no tenía respuesta.

—¿Qué quieres que haga yo? —quiso saber.

—Pásale un mensaje a tu contacto. Pregúntale si quieren comprar lo que vendo.

—Los conozco —dijo el técnico con reserva—. Siempre están buscando trampas, querrán verificar la información, pruebas. Ni siquiera sé cuál es tu verdadero nombre. ¿Qué les digo, que un hombre al que conocí en Irán llamado Mohammad quiere veinte millones de dólares?

El mensajero negó con la cabeza, sonriendo.

—Diles que la información que tengo es sobre lo que los jefes de aquí llaman un «golpe espectacular»...

—Un ¿qué? —quiso saber el técnico.

—Tu contacto lo entenderá. Dile que soy un correo de confianza del Ejército de los Puros y que conozco lo suficiente sus planes y a su cúpula.

El técnico reaccionó: ¿el Ejército de los Puros? Por lo que había oído, eran personas muy temidas; claro que, por cinco millones de dólares, ¿qué esperaba?

—La CIA te pedirá información, detalles, un montón de cosas —añadió el correo—. Pero escucha: yo soy quien tiene el control, no ellos. Te diré cuáles son mis condiciones. ¿Me estás escuchando?

—Perdona —se disculpó el técnico, distraído—, me estaba planteando Las Vegas. Quiero ver Las Vegas.